

“OPENING NIGHT”:

Espléndida, cautivante

PEDRO LABRA HERRERA

Mal que les pese a los admiradores —deben quedar algunos— de John Cassavetes, ícono del cine independiente de EE.UU., la versión teatral de su filme “Opening Night” (“Noche de estreno”), resulta muchísimo más atractiva que su original en el cautivante montaje holandés con que nos regala Santiago a Mil 2014. Está, además, actuada con excelencia.

Recordemos que este ‘clásico experimental’, rotundo fracaso de público y crítica en el estreno en su país en 1977, despertó algún interés en Europa luego de que el Festival de Berlín premiara con el Oso de Plata —el mismo que obtuvo recién ‘nuestra’ Paulina García— a Gena Rowlands por su portentosa actuación protagónica, y después fue ganando prestigio como una de las escasas grandes películas sobre el mundo del teatro.

El director belga Ivo van Hove, cuya brillante carrera internacional incluye la

teatralización de varios filmes de maestros del cine (antes hizo “Faces”, también de Cassavetes), parte el guión con muchos tramos improvisados frente a la cámara, para mostrarnos la vorágine y urgencia de los días de ensayo previos al estreno de un melodrama para público femenino. Se centra en la profunda crisis que afecta a la diva Myrtle con graves problemas para internalizar su rol protagónico que se parece mucho a ella: una mujer que se niega a aceptar que su juventud se fue. Lo que empeora cuando cree ver el fantasma de una joven fan suya que murió atropellada (claramente, su proyección). A ello se suma que actúa junto a su ex marido, y en los ensayos y fuera de escena mantiene conflictivas relaciones con los otros miembros del equipo.

Más que Cassavetes, Van Hove revela ojo clínico para retratar el narcisismo histriónico de los actores que entre coartadas y verdades simuladas llegan a indiferenciar realidad de ficción mientras bordean lo sublime, la



JUAN YENSWEVELD

crueledad con los otros o la tontería. Claro que no es solo una obra sobre gente de teatro: justamente porque son actores sus anhelos, miedos y frustraciones amplifican los de cualquier ser humano.

Eso no es todo. La genialidad de Van Hove radica en que despliega todo en una compleja y muy estimulante estructura que es teatro dentro del teatro dentro del cine, creando una superposición embriagadora de

capas de verdad y representación, sinceridad e identidades cruzadas. La escenografía ofrece el corte transversal de un teatro, con un sector del público a un costado, el escenario al centro y los camarines a la izquierda. Así, el elenco actúa para dos frentes rompiendo dos ‘cuartas paredes’: hacia adelante lo que vemos es ‘real’, hacia la derecha es drama. Aunque nada es tan claro: a menudo esos planos se confunden y,

más que en la película, la obra deja lagunas indefinidas. Además, todo el tiempo la acción es filmada para un supuesto documental, y podemos ver en múltiples pantallas primeros planos de los rostros, contraplanos y escenas fuera del espacio visible, registradas por dos cámaras. Lo que agrega las cuestiones de lo real y lo virtual, y de la fascinación actual por mirar una pantalla. Para probar que una actuación en vivo siempre es más potente que su registro óptico (sugerimos mirar las imágenes solo como referente).

El resultado a veces puede irritar, o alcanzar momentos de genuina emoción o de hilaridad, mientras agujereja sin tregua el intelecto. En el remate, distinto al filme, el extenso anticlímax nos habla —sin cámaras, ni pantallas ni luces teatrales— de la sencillez y sinceridad que pueden hacer a la vida cotidiana más serena y feliz.

Teatro Municipal de Las Condes. Hoy, a las 20:00 horas, es la última función. Desde \$10.000.